

Una escena de *El hobbit: La Desolación de Smaug*. Fuente: Warner Bros. Pictures International.

Está la cosa jodida, ¿verdad? Como para ir al cine a lo loco, no digamos ya si es en 3D. Es posible así, oh lector, que el estreno en salas de *El hobbit: La Desolación de Smaug* le cause un poco de turbación, en particular si el año pasado fue a ver *Un viaje inesperado* con toda la ilusión del mundo y se quedó al salir igual que como estaba al entrar, solo que con nueve euros menos. En 2012 la primera película de la nueva trilogía de **Peter Jackson** cosechó lo que suele denominarse «una recepción desigual entre los críticos» y se llevó solo un sesenta y cinco por ciento de reseñas positivas en la web *Rotten Tomatoes*, una proporción muy ramplona para una película que podría haber costado —y el condicional es porque no son cifras confirmadas— cerca de doscientos treinta millones de euros. La segunda parte, *La Desolación de Smaug,* habría costado lo mismo pero, si han visto el tráiler, habrán notado que promete más. Más acción, más bichos y más parecerse, en resumen, a *El Señor de los Anillos*, que es un poco lo que está esperando a estas alturas el aficionado raso a la literatura de **J. R. R. Tolkien**. Eso y que los enanos no vuelvan a cantar.

No padezca, en todo caso. Para ayudarle a tomar la decisión hoy traemos un picadillo surtido de impresiones sobre la película, nosotros que la hemos visto, que en caso de ser fan incondicional puede obligar a leer también a los seres queridos o conocidos a los que quiera embaucar, a ver si así se animan. Aunque es probable que no la supere nunca, aquí vamos a evitar esa discusión recurrente en *El hobbit* sobre si Jackson está haciendo una trilogía con un librito de ciento ochenta páginas por integridad artística o solo para ganar más perras, ch-cling, ch-cling, principalmente porque daremos por sentado que lo hace por la segunda posibilidad. También evitaremos los *spoilers* gordos y no hablaremos de lo que ocurrirá en la tercera película pero, eso sí, trataremos abiertamente la trama del libro, en particular cuando esta difiera de lo que aparece en pantalla. Es un clásico, es buenísimo y se publicó en 1937, quiero decir. Han tenido tiempo de leerlo.

Dos minutos por página

Empecemos por el principio. Todo lo que siempre quiso saber pero nunca se atrevió a preguntar sobre *El hobbit: La Desolación de Smaug* se lo digo yo ahora mismo en un momento: sí, haga pis antes de entrar. Dura ciento sesenta y un minutos, que se dice pronto. Eso son casi tres horas de desolación, enanos corriendo y **Orlando Bloom** subiendo los párpados de abajo como si le fuera la vida en ello. Ocho minutos menos que *Un viaje inesperado* que hasta se agradecen pese a que esta segunda película es, y atiendan que esto sí que es importante, bastante más entretenida que la primera.

En *Un viaje inesperado* Jackson invirtió ciento setenta minutos en adaptar las primeras setenta páginas de novela —lo que explica en parte aquello tan recordado, y no para bien, de que Bilbo saliese de su casa para «vivir una aventura» a los cuarenta minutos de empezar— y en *La Desolación de Smaug* hace poco menos que lo mismo: son ciento sesenta minutos de metraje para otras setenta páginas. Hasta ahora, el cineasta lleva un ritmo de algo más de dos minutos de cine por página, más tiempo del que seguramente tardaría cualquiera en leer esa misma hoja, tronistas de Telecinco incluidos. ¿Cómo es, entonces, que en la segunda cinta pasan más cosas que en la primera y cómo hará el director en la tercera, cuando ya le queden solo cuarenta páginas de *El hobbit* que exprimir? No lo sabemos, pero a continuación va una pista.

El síndrome de la película en medio…

En *La Desolación de Smaug* Jackson se ha sacado de la manga personajes, tramas e historias enteras que el bueno de Tolkien nunca escribió, muchas más que en *Un viaje inesperado*. A ustedes y a mí nos han dicho que es para aliviar lo que a veces se llama *middle movie syndrome* —o síndrome de la película en medio—, un problema característico de la segunda entrega en trilogías cinematográficas cerradas como esta que consiste, fundamentalmente, en que el guión flojea porque no incluye ni el gran arranque de la saga ni su gran final, sino solo la parte de en medio. El mismo cineasta tuvo este problema en *El Señor de los Anillos: Las dos torres* y lo solucionó con bastante discreción añadiéndole unos elfos a la batalla del Abismo de Helm —así pudo invocarlos en pantalla, ya que de haber respetado el texto habrían desaparecido por completo de la película—, una serie de *flashbacks* y sueños que mantuvieron viva la relación entre Arwen y Aragorn a efectos cinematográficos —ya que ambos personajes, pese a su condición razonablemente protagónica, no llegaban a encontrarse en el libro— y un discurso final, el de Sam, que daba bastante vergüencita ajena.

Así las cosas, cambiar la historia parece razonable, ¿verdad? Se trata, a fin de cuentas, de mejorarla y darle esa unidad de la que carece. Una solución no solo justificada, sino incluso deseable, ensombrecida solo por un pequeño detalle: es absolutamente mentira. En la segunda parte de *El hobbit* a Jackson se le ha presentado el mismo brete y ha decidido solucionarlo a la gornú, seguramente tirando al traste su merecida reputación de buen adaptador.

...y el síndrome de la moto pintada de verde

El cambio más significativo es la aparición en *El hobbit* de la elfa Tauriel, interpretada por **Evangeline Lilly**, que el director no ha sobredimensionado hábilmente como hizo en su día con la Arwen de **Liv Tyler** —un personaje original de *El Señor de los Anillos* al que decidió conferir más presencia atribuyéndole las funciones de otros, principalmente las de Glorfindel, un elfo que por esa razón desapareció de la narración—, sino que esta vez se lo ha sacado directamente, alehop, de esta chistera que tiene cada vez más grande. Va por su quinta película ambientada en la Tierra Media y se conoce que ha cogido confianza. Y las confianzas, ya se sabe.



Tauriel, armada y peligrosa y más falsa que un euro con la cara de Popeye. Fuente: Warner Bros. Pictures International.

La presencia de Legolas es también una licencia aunque más razonable ya que su padre, el rey Thranduil del Bosque Negro, sí aparece en la historia original de Tolkien, aunque fuese solo bajo el apelativo de «rey elfo». Del mismo modo Beorn —un cambiapieles muy querido por los fans de Tolkien, capaz de transformarse en oso— pasa solo de puntillas por la adaptación y en cambio el gobernante de la ciudad de Esgaroth, al que interpreta el carismático **Stephen Fry**, goza de varias y dilatadas secuencias, pese a que el primero juega un papel largo y fundamental en la novela y al segundo Tolkien le dedicó solo unas líneas.





Stephen Fry, cortinilla al viento. Fuente: Warner Bros. Pictures International.

Cambios, repetimos, que presuntamente lo son al efecto de convertir la parte central de la trilogía en una película potable pero, entre ustedes y yo, mentira cochina. Después de tanto arreglo y de tanta vuelta, resulta que la cinta carece de un final ni en su trama principal, la de los enanos, ni en las secundarias, las que protagonizan Legolas, Tauriel, el debutante Bardo —interpretado y muy bien por **Luke Evans**— y Gandalf. Que no les vendan la burra, porque arranque poco y acaba con un pantallazo en negro y un implícito *to be continued* incluso más abrupto que el final de la primera cinta de *El hobbit*, que ya es decir. De quedarte tú mira, tal que así. Muerta en la bañera.

Un ataque de apendicitis

Y hablando de Galdalf llega el primer punto a favor de Jackson, ya que la historia del mago sí está más rematada que las demás, incluso cuando Tolkien no la escribió en forma de narración en *El hobbit*, sino como simple información enciclopédica en los apéndices de *El Señor de los Anillos* y solo muy de pasada en el *Silmarillion* y en los *Cuentos Inconclusos de Númenor y la Tierra Media*.

Como sabrán, el personaje del mago abandona a los restantes a mitad de la narración de *El hobbit* sin que el autor revele para qué, de forma parecida a como lo hace en varias



ocasiones a lo largo de *El Señor de los Anillos*. Años más tarde el escritor británico contó en otros volúmenes que durante esta ausencia Gandalf se reunió con Saruman, Galadriel y Elrond para celebrar un encuentro del Concilio Blanco y evaluar los riesgos de la creciente presencia del mal en Dol Guldur, una antigua fortaleza de la región tomada por un oscuro personaje, el Nigromante. A consecuencia de esa reunión el Concilio concluye atacar las ruinas y desalojar al espectro.



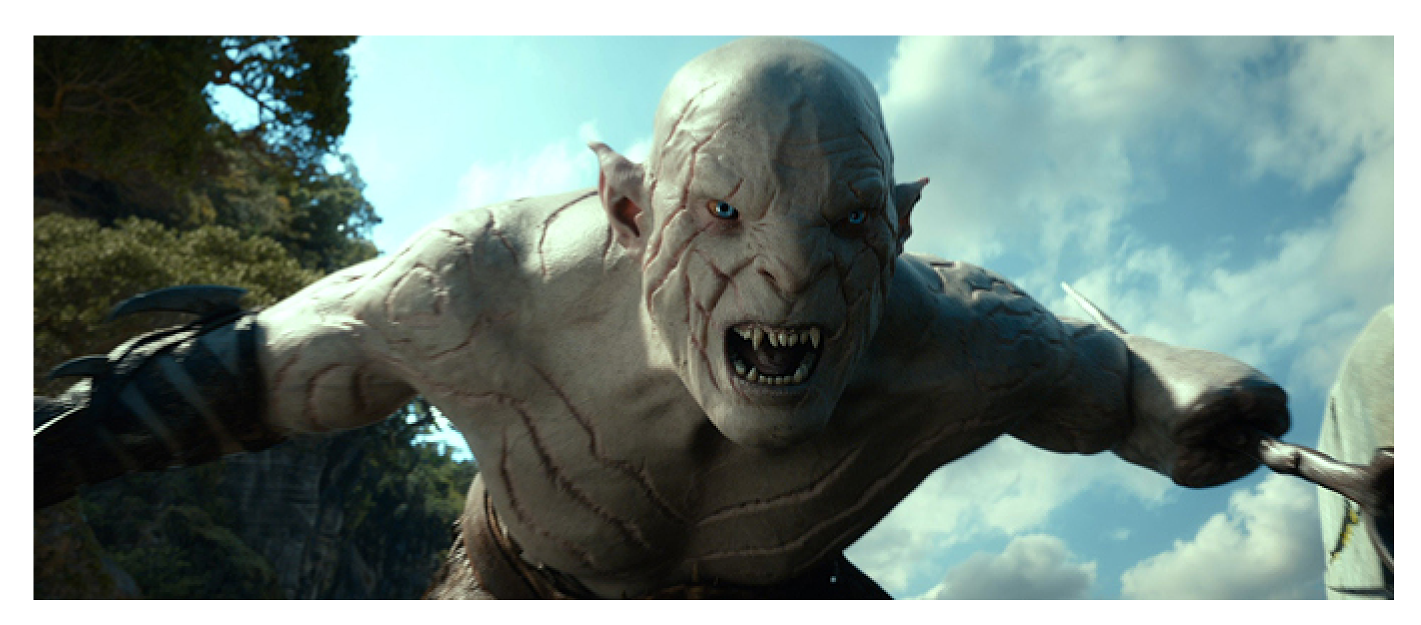
Gandalf en una escena de la película. Fuente: Warner Bros. Pictures International.

Así contado no se lo parecerá a quien no haya leído los libros ni visto aún *Un viaje inesperado* y *La Desolación de Smaug*, pero lo cierto es que es esta trama la que confiere a la película continuidad con *El Señor de los Anillos*, ya que reúne a los mismos personajes contra el mismo mal, explica la presencia de los Nazgûl en el norte y anticipa la traición de Saruman y el alzamiento de Sauron en Mordor, al sur de la Tierra Media. Jackson ha tenido el acierto de no adulterarla demasiado y de repartirla a lo largo de sus tres entregas, pese a que en principio debería aparecer solo en la segunda. En la primera película, *Un viaje inesperado*, ya asistimos a la reunión del Concilio Blanco —a una sola sesión, pese a que Tolkien hablara de varias; integrada solo por Elrond, Galadriel, Saruman y Gandalf, pese a que Tolkien incluyó a otros personajes; que Jackson situó al paso de la compañía por Rivendel en lugar de posteriormente— y en esta segunda veremos a Gandalf enfrentándose a Dol Guldur —de nuevo no en los mismos términos que especificó Tolkien, pero

parecidos—, y hasta aquí podemos leer. Sirva solo revelar que el director, consciente del valor de la historia y de que la paciencia de los fans tiene un límite, hasta tiene el detalle de conferirle un papel menor en ella a los dos personajes más sobrerrepresentados de *El hobbit*: el mago Radagast que interpreta **Sylvester McCoy** —seguramente salvándolo de que se convierta en el Jar Jar Binks de la Tierra Media, por cierto, trineo de liebres mediante—, y Azog, ese orco pálido y espantosamente digital que Jackson parece decidido a meternos hasta por las orejas.

Orcos como monos de *Jumanji*

Porque esa es otra. Salvo algunos enanos particular y afortunadamente feos, en *El hobbit* todo el mundo parece salido del anuncio ese de antiarrugas en el que aparece **Jane Fonda** interpretando a su propia nieta. Hasta los orcos, no te digo más, son feos como rayos pero el cutis lo tienen, mira tú, fino como el nácar. La magia del digital, claro, que a Jackson se le ha ido muchísimo de las manos.



Azog, el constante antagonista de *El hobbit*. Debajo de toda esa digitalidad está el actor **Manu Bennett**. Fuente: Warner Bros. Pictures International.

Eso sí: Gollum y los tres trolls de la primera película impecables, como recordarán, seguramente porque son criaturas que por su propia condición necesitan ser creadas informáticamente. Lo mismo le ocurre en *La Desolación de Smaug* al propio Smaug —el dragón de la Montaña Solitaria— o a las arañas del Bosque Negro, por ejemplificar de nuevo



con personajes necesariamente digitales. Sin embargo, esta segunda entrega confirma con creces lo que ya se veía venir en la primera, cuando Jackson fichó nada menos que a **Barry Humphries** para interpretar al Gran Goblin y lo cubrió, no obstante, con un cutrerío de traje digital bajo el cual poco o nada se veía del humorista australiano. En *El hobbit*, el cineasta ha decidido recrear digitalmente muchos personajes que no necesitan serlo, empezando por orcos y goblins y acabando incluso por algunos elfos descaradamente CGI. Por supuesto, no constituiría ningún pecado si resultasen creíbles visualmente. La pena, el error gordo que comete, es que en muchas de las escenas no lo son.

Legolas nos abre su corazón y las puertas de su casa

Por su continuidad con *El Señor de los Anillos*, el mayor exponente de este abaratamiento visual en *El hobbit* es seguramente Legolas, tan pasado por un intensivo de Photoshop que de repente le faltan solo el velero y los náuticos para haberse escapado del reportaje central de la revista *¡Hola!*



Orlando *Morritos* Bloom, el elfo más irresistible del Bosque Negro. Fuente: Warner Bros. Pictures International.

Si su piel élfica resplandecía en la primera trilogía, lo de ahora es casi de auténtico Gusiluz; si hace años Jackson explotaba moderadamente sus «ojos de elfo», ahora le ha calzado unas lentillas azul Zoolander que juraríamos —juraríamos— que hasta están rematadas por

ordenador; y si en *Las dos torres* y en *El retorno del rey* el elfo se descolgó con algunas escenas de acción particularmente irrisorias, en *La Desolación de Smaug* lo veremos ya dar unos requiebros, unos saltos y unas patadas voladoras que en sus pueblos de ustedes no sé, pero en el mío se llaman «carabinajos». Y no es el único aspecto en el que *El hobbit* da la impresión de ser, pese a que no lo sea, una película más barata que las de *El Señor de los Anillos*.

«Confía en mí»

Lo hemos comprobado, de verdad que sí. Nos hemos descargado *El hobbit* en PDF, le hemos dado a Control + F y hemos buscado la ocasión en que Tolkien escribió «confía en mí» en alguna de sus ciento ochenta y un páginas. Por si acaso, ya saben, y por no columpiarse. Cosas más raras se han visto.

Pero no lo hizo, por supuesto. Que alguien diga «confía en mí» es uno de los tics más reconocibles de los guiones comerciales de Hollywood, en particular a partir de según qué presupuesto y del grado de pragmatismo del texto, que normalmente es correlativo. En cualquier persecución que aparezca en este tipo de filmes, como sabrán, siempre hay un tipo amante de la obviedad que grita «¡que no escapen!» mientras persigue a los protagonistas, del mismo modo que alguno de estos suele anunciar a gritos que «¡estamos atrapados!» cuando, en efecto, están atrapados. En estas situaciones el protagonista, asimismo, se suele poner intensito cuando urde un plan de escabullida y, en lugar de explicárselo a sus compañeros para que lo ejecuten, recurre a esta frase tan dramática, «confía en mí», para que procedan a, pongamos por ejemplo, tirarse locamente por un puente en llamas y sin hacer preguntas. Y ellos lo hacen, claro, previa mirada severa durante un par de segundos y simbólica entrega final de su confianza, porque es de lo que va todo esto. Con esta artimaña el guionista evita la repetición —la de tener que explicar el plan verbalmente para después hacer que los personajes lo ejecuten— y alivia la acción en su mismo clímax con un pequeño paréntesis emotivo, que nunca viene mal. No tiene ningún misterio.

El problema es que el truco es precisamente eso: un truco. Y un truco que no pasa inadvertido no es un truco, sino una chapuza. En *El hobbit: La Desolación de Smaug* chirría particularmente por una razón: estamos ante una película fantástica en la que los



personajes hablan constantemente en tono épico —e incluso muy épico, dependiendo del pasaje— para que, de repente, uno de ellos suelte una oración de película de **Kurt Russell** y te saquen del *mood* mira, tal que así. Los guionistas —Peter Jackson y su mujer **Fran Walsh**, **Philipa Boyens** y **Guillermo del Toro—** han cometido el error de ponerla en boca de Bilbo cuando discurre la manera de escapar de las cavernas del rey Thranduil pero no tiene tiempo de explicarle cómo a sus compañeros, así que nada: suelta la frase, raca, y se queda tan ancho. Y lo peor es que no es el único haiku hollywoodiense que malogra la lírica de Tolkien. Radagast, por ejemplo, advierte a Gandalf antes de que este entre en Dol Guldur de que podría ser una trampa, a lo que el mago responde con gesto severo y mirada al frente que, je, «por supuesto que es una trampa».

Thranduil

Y vamos ya, para ir cerrando, con el siempre necesario punto controvertido, que en el caso de esta película es Thranduil, el padre de Legolas, interpretado por **Lee Pace**. Aunque ya le vimos de refilón el año pasado, en *La Desolación de Smaug* el rey del Bosque Negro juega un papel fundamental que se verá ampliado en la siguiente entrega de la trilogía, *El hobbit: Partida y regreso*. La razón es que, para cualquiera no particularmente interesado en los espesores de la obra tolkieniana, la figura de Thranduil es el mejor asidero del que dispone Jackson para ilustrar las complicadas relaciones que mantienen entre sí elfos y enanos.

Ambos se odian, es cierto, pero también lo es que el odio que hemos visto hasta hoy en pantalla —el que encarnaba la enemistad entre Gimli y Legolas en *El Señor de los Anillos*— tiene mucho de singular y nace en *El hobbit*. Como ilustró el prólogo con el que arrancaba *Un viaje inesperado*, Thranduil –el padre de Legolas– acudió al rescate del rey Thrór —abuelo de Thorin, el líder de la compañía de enanos— cuando el dragón Smaug atacó su reino en Erebor, pero ordenó a su ejército élfico dar media vuelta al ver que los enanos huían de la Montaña Solitaria sin presentar batalla. Es por esa razón que Thranduil —y con él su hijo Legolas— desprecia particularmente a los enanos de Erebor y es por esa razón que Thrór —y con él su nieto Thorin y también su linaje, entre ellos Glóin y su hijo Gimli— odian a los elfos, pero especialmente a los del Bosque Negro.



Thranduil, rey del Bosque Negro y reina de los mares. Fuente: Warner Bros. Pictures International.

Como hizo en *El Señor de los Anillos*, Jackson vuelve a recurrir en *El hobbit* a esta relación para esbozar algo de información sobre la mitología del *legendarium* de Tolkien, que nunca está mal. No revelaremos cuál, eso sí, ni contaremos cómo se resuelve el encuentro entre Legolas y Glóin —que lo hay—, aunque sí reseñaremos que Thranduil y Tauriel, por ejemplo, mantienen en *La Desolación de Smaug* un breve intercambio verbal que permite al espectador conocer un poco mejor la sociedad de los elfos y cómo estos se dividen en diferentes castas. A fin de cuentas, es su naturaleza gigantesca y su grado de espesor lo que hace de la obra de Tolkien una cumbre de la literatura fantástica de todos los tiempos, por lo que no sería justo reprocharle a Jackson que ahonde en estas cualidades. Que para ello necesite sacar un rey elfo vanidoso y pomposo y que lo vista al efecto como **Juncal Rivero** en *Noche de fiesta* es, o nos lo parece a nosotros, lo de menos.

Smaug y el gran rorrobo de la jojoya

Y, por último, el dragón. En esta santa casa ya hemos tenido ocasión de hablar en al menos un par de ocasiones —aquí una y aquí otra— del riesgo que entrañan los dragones en pantalla, pero de nuevo, como con *Juego de Tronos*, vamos a darle al de *El hobbit* un aprobado que se convierte en alto gracias al vozarrón magnífico de **Benedict Cumberbatch**. No es que prometiera cuando vimos su breve aparición en el tráiler, pero al

final resulta que sí. Y por suerte, ya que lo de Smaug aquí no era ninguna tontería. Toda la novela de *El hobbit*, a su vez lo primero que el autor publicó, no es más que la reelaboración del mito del dragón que custodia un tesoro por parte de un señor, Tolkien, a quien empezó interesándole simplemente el folclore, pese a que luego se le fuese claramente de las manos.

Y Jackson parece haber comprendido esta trascendencia, así que bien. Como hizo con la escena inicial de la novela en su primera película —la llegada de los enanos a Bolsón Cerrado y la reunión que allí mantienen con Bilbo y Gandalf— y con el encuentro entre Bilbo y Gollum, el neozelandés ha decidido en su segunda entrega darle una cantidad importante de metraje y elaboración al tercer gran momento y clímax de *El hobbit*, que es el que reúne a Bilbo con Smaug, y respetar más o menos el texto, rimas y tono infantil incluido. Menos mal, porque después de pasar por Beorn de puntillas en el inicio de la película, cualquiera podría esperarse lo peor.

Después de ese encuentro, eso sí, aún veremos a Smaug hacer más cosas —bastantes más cosas, de hecho— de las que Tolkien escribió, e incluso veremos a los enanos meterse en unos jardines que harán que muchos fans de Tolkien acaben amando, por comparación, a Tauriel y las demás elfas buenorras que Jackson acaba sacándose de la manga por hache o por be. Dijimos que no haremos *spoilers* y no los haremos, pero agüita. U oro, si prefieren. Sabrán de lo que hablamos, si no han leído *El hobbit*, al final de *La Desolación de Smaug*, y entonces ya nos cuentan. Hasta entonces siempre tienen tiempo de ponerse, que es muy cortita y se lee en un plis. A buen entendedor, pocas palabras bastan.



Cucú, te veo. Fuente: Warner Bros. Pictures International.